

Padre Emmanuel André La Iglesia al fin de los tiempos

IX. La conversión de los judíos

La Sagrada Escritura nos señala un gran acontecimiento, al que nos presenta como entrelazado con la guerra que el Anticristo desencadenará contra la Iglesia, y es la conversión de los judíos.

Hemos diferido hablar de ella hasta ahora por dos motivos: primero, para tratar este tema con más detalle; y segundo, porque en el punto en que vamos se inserta perfectamente en su lugar, ya que la conversión del pueblo judío nos es presentada como el fruto de la predicación de Elías.

1º El pueblo judío.

El pueblo judío es el punto alrededor del cual gira y se desarrolla la historia de la humanidad. Este pueblo fue elegido por Dios en la persona de Abraham, patriarca de cuya estirpe sale; antes de Nuestro Señor, fue el pueblo sacerdotal por excelencia, dotado como estaba de un sacerdocio dado por Dios; su estado, según afirma San Agustín, es enteramente profético, por cuanto fue figura de lo que luego debía realizarse en la Iglesia; dio nacimiento a la Santísima Virgen y al Salvador del mundo; y formó el primer núcleo de la Iglesia naciente.

«Cristo me es testigo –afirma el Apóstol– de que os digo la verdad, de que estoy embargado de una profunda tristeza y de continuo dolor en mi corazón, hasta desear ser anatema de Cristo por mis hermanos los israelitas, que son mis deudos según la carne, de quienes es la adopción de los hijos de Dios, y la gloria [la presencia de Dios manifestada por la nube], y la alianza, y la legislación, y el culto [entregados a este pueblo por medio de Moisés], y las promesas; cuyos padres son los patriarcas, y de quienes descende Cristo según la carne, el cual es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás» (Rom. 9 1-5).

Todos estos privilegios han hecho de la raza judía una raza excepcional, cuyos destinos son sumamente misteriosos.

En efecto, por una extraña y lamentable inversión, desde el momento en que entrega al Salvador del mundo, esta raza elegida y bendita de Dios merece ser reprobada. Y lo merece porque se niega a reconocer al Mesías cuyas invisibles grandezas no sabe adorar, porque se le presenta en una condición humilde. Parece que

Dios haya querido mostrar a través de este hecho que la vocación al cristianismo no le debe nada ni a la carne ni a la sangre, ya que los mismos *«de quienes Cristo venía según la carne»* fueron excluidos de ella por su orgullo tenaz y carnal.

2º La conversión final del pueblo judío.

Su reprobación, sin embargo, ¿es definitiva? ¿Seguirán siendo siempre la presa de Satán, y estando excluidos del resto del mundo y de la Iglesia por su rechazo de la cruz del Salvador? De ningún modo. Dios reserva misericordias supremas al pueblo que fue el suyo. A este pueblo, al que se dijo: *«Vosotros no sois mi pueblo»*, se le dirá un día: *«Vosotros sois los hijos del Dios vivo»* (Os. 1 10).

«Los hijos de Israel –vaticina el profeta Oseas– estarán mucho tiempo sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin oráculos; y después de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y de David su rey [Cristo, el Mesías]; y buscarán con temor al Señor y a sus bienes, y lo harán en el fin de los tiempos» (Os. 3 4-5).

Elías, como ya dejamos dicho al hablar de él, será el instrumento providencial de esta maravillosa conversión, restableciendo la armonía de los mismos amores y de las mismas adoraciones entre los santos antepasados del pueblo judío y sus últimos descendientes:

«He aquí que Yo os enviaré –dice el Señor por Malaquías– al profeta Elías, antes de que llegue el día grande y terrible de Dios, para que vuelva el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres» (Mal. 4 5-6).

San Pablo afirma a su vez este acontecimiento tan consolador. Después de ver en la reprobación de los judíos la causa ocasional de la vocación de los gentiles, añade:

«No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio: que la obcecación ha sobrevenido parcialmente a Israel, hasta que la totalidad de las naciones haya entrado; y entonces todo Israel será salvo» (Rom. 11 25-26).

Tal es, pues, el designio de Dios: por la incredulidad de Israel, toda la gentilidad debía entrar en la Iglesia; mas cuando haya concluido el desfile de las naciones, esto es, cuando la gentilidad se haya hecho culpable de esa misma incredulidad, Israel entrará a su vez. Será la gran festividad y celebración del mundo, en la que la gracia se derramará por torrentes. Si se toman al pie de la letra las profecías, todos los judíos que entonces vivan, aunque fuesen numerosos como las arenas del mar, se salvarán (Rom. 11 26).

3º Figuras proféticas de la conversión del pueblo judío.

Para comprender los estremecimientos profundos que este gran acontecimiento producirá en el mundo, hay que recurrir a las figuras proféticas, por las que Dios se ha complacido en anunciarlo de mil maneras.

- *El pueblo judío, entrando en la Iglesia, ha quedado figurado por Esaú reconciliándose con Jacob. ¡Y con qué ternura! «Corriendo al encuentro de su hermano, Esaú lo abrazó, se echó sobre su cuello y lo besó, rompiendo ambos a llorar»* (Gen. 33 4).

• *Pero el verdadero símbolo de Jesús reconocido por sus hermanos judíos, es José reconocido por sus hermanos. En otro tiempo lo vendieron y lo crucificaron; mas una imperiosa necesidad de verdad y de amor los llevará a sus pies al fin de los tiempos. ¡Qué encuentro! ¡Qué espectáculo! ¡Jesús, en todo el brillo de su poder, desvelando a los judíos los tesoros de su Corazón, y diciéndoles: «Yo soy José», yo soy ese Jesús a quien vosotros vendisteis! (Gen. 45 3).*

• *Si por fin abrimos el Evangelio, hallaremos el mismo significado en la parábola del hijo pródigo (Lc. 15 11-32). Ese pródigo, que viene de tan lejos, figura a los pobres gentiles que entran en la Iglesia. Los judíos son representados por el hijo mayor, celoso y egoísta, que se obstina en permanecer afuera porque su hermano ha sido recibido en la casa. El padre sale y le dirige invitaciones apremiantes, que ese hijo inhumano se niega a escuchar; pero al fin lo escuchará, entrará, y habrá en la casa paterna doble regocijo.*

No, no podemos imaginarnos las alegrías de la Iglesia, cuando por fin abra su seno de madre a los hijos de Jacob. Ni podemos imaginar tampoco las lágrimas y los arrebatos de amor de ellos mismos en el momento en que, cayendo por fin el velo de sus ojos, reconozcan a su Jesús. ¿En qué tiempo preciso sucederá este gran acontecimiento? Ahí está el nudo de la dificultad. Sin pretender resolverla, intentaremos esclarecerla un poco.

4º Circunstancias de la conversión del pueblo judío.

Parece seguro, según la tradición, que el Anticristo será de nacionalidad judía. Aparecerá como el producto de esta fermentación de odio que, desde hace siglos, agría el corazón de los judíos contra Jesús, su tierno Hermano y su incomparable Amigo.

Parece igualmente seguro que los judíos, en su mayor parte, acogerán a este falso mesías, lo rodearán como su corte, y le someterán el mundo por la mala prensa y la alta finanza.

Pero, ya desde el tiempo que precederá a la venida del hijo del pecado, se formará, entre los judíos, una corriente de adhesión a la Iglesia. Los grandes acontecimientos tienen siempre preludios que los anuncian. San Gregorio declara que el furor de la persecución del Anticristo recaerá principalmente sobre esos judíos convertidos, cuya constancia en soportar ultrajes y tormentos por el nombre mil veces bendito de Jesús nadie igualará. Este texto de San Gregorio es demasiado importante para omitirlo.

El gran Pontífice explica, en su homilía 13 sobre Ezequiel, una de las misteriosas profecías en acción de este profeta (Ez. 3). Es un drama en tres actos. 1º Dios ordena al profeta que salga al campo; esta salida representa la difusión del Evangelio entre los gentiles. 2º Luego lo hace entrar de nuevo en la casa, donde es cargado de cadenas, apresado y reducido al silencio; lo cual indica cómo el Evangelio será predicado por los judíos a los mismos judíos, de los cuales unos se convertirán, y otros agarrarán a los predicadores y los abrumarán de malos tratos, lo cual sucederá durante la persecución del Anticristo. 3º Dios aparece entonces y abre la boca del profeta, que habla con más energía que nunca; es lo que ocurrirá con la venida de Elías, el

qual, con sus predicaciones inflamadas e irresistibles, convertirá a los restos de su nación.

Es de admirar la lucidez profética de que aquí da muestras San Gregorio, al distinguir de antemano las fases del gran acontecimiento que nos ocupa: una primera fase, de escisión del pueblo judío en dos partes; una segunda fase, de opresión de los convertidos por parte de los refractarios; y una tercera fase, de conversión total realizada por Elías.

El santo Papa asegura, en sus comentarios sobre Job, que esta vuelta definitiva de los restos de Israel tendrá lugar bajo los ojos mismos y a pesar de la rabia impotente del Anticristo (Lib. XXXV, cap. 14). Si la Iglesia goza ya de semejantes consuelos en el mismo ardor de la persecución, ¡qué será a la hora del triunfo! Es lo que vamos a considerar rápidamente.

5º Frutos de la conversión de los judíos.

Hay destrucciones necesarias, para las cuales Dios se sirve de los malos ángeles. El Anticristo, a su modo y a pesar suyo, será la vara de Dios. Esta vara de hierro pulverizará los cismas, las herejías, las falsas religiones –que son un resto del paganismo–, el mahometismo y el mismo judaísmo; triturará el mundo para conseguir una prodigiosa unidad.

El resultado de eso será que, cuando este coloso de impiedad haya sido abatido por la pequeña piedra, ésta se convertirá en una montaña inmensa y cubrirá la tierra (Dan. 2 34-35). Y como la religión católica es la única divina y, por lo tanto, la única que el Anticristo no habrá logrado destruir, síguese que, después de su muerte, el Evangelio no hallará ya obstáculos ni barreras de ninguna clase, y será predicado sin contradicción en todo el orbe.

Los judíos serán los principales obreros de este restablecimiento del reino de Dios. San Pablo se extasía ante las grandes cosas que resultarán de su conversión:

«Si la caída de los judíos –exclama– ha sido la riqueza del mundo, y si su mengua ha sido la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más lo será su plenitud [esto es, su adhesión total]?... Si su repudio ha sido reconciliación del mundo, ¿qué será su acogida [en la Iglesia] sino un retornar de muerte a vida?» (Rom. II 12, 15).

De estas antítesis enérgicas es legítimo concluir que los judíos convertidos pondrán al servicio de la Iglesia un ardor inexpresable de proselitismo. Rejuvenecida por esta infusión de vida, la Iglesia saldrá de los aprietos de la persecución como de la piedra de un sepulcro, y tomará posesión del mundo con la majestad de una reina y la ternura de una madre.

Estos acontecimientos, ¿serán el prelude inmediato del Juicio final, o la aurora de una nueva era? En un siguiente artículo enunciaremos las conjeturas que se pueden formular sobre este particular.